

Carlos Cuadra y Mario Morera

EL NOMBRE DE LOS NUESTROS Y EL DESASTRE DE ANNUAL: SUBTEXTOS
NACIONALISTAS NEGATIVOS

Carlos Cuadra y Mario Morera
Stephen F Austin State University

El nombre de los nuestros y el desastre de Annual

La novela *El nombre de los nuestros* (1998) de Lorenzo Silva reimagina un episodio poco airoso de la historia de España, el desastre de Annual, un evento que en palabras de Iglesias y Velasco fue: “Otro de los elementos más trascendentes [...] culto a los caídos, un elemento central en los nacionalismos para fortalecer la identidad nacional y dar cohesión ideológica al Estado, que entroncó muy bien con las ideas ultranacionalistas y fascistas de las que precisamente la Legión fue uno de los mejores referentes.” (Iglesias y Velasco 103) Tras el tratado de Algeciras de 1909, España consiguió entrar en el reparto del territorio africano pactado por las grandes potencias europeas. Se le adjudicó una franja en el norte de Marruecos a la que se dio el nombre de protectorado, un apelativo poco feliz que recuerda al de las encomiendas en el siglo 16. El resultado de esta supuesta protección fue una sangrienta contraofensiva marroquí en 1921 que provocó la derrota de las fuerzas españolas. Esta derrota es el mencionado desastre de Annual, un evento histórico que, como el mismo Lorenzo Silva apunta, tuvo consecuencias lamentables para el sistema político español. Fue el desencadenante de la caída del rey Alfonso XIII, del advenimiento de la segunda república y posteriormente de una guerra civil que posibilitaría la dictadura de Francisco Franco.

Este trabajo analiza en esta novela, y sus efemérides históricas, el poder del desensamblaje en cuanto al abordaje despectivo de la otredad, con que se trataba a los marroquíes, además del latente subtexto nacionalista de sus páginas. Se hará una aproximación teórica a la luz de los conceptos de neocolonialismo y la otredad según las propuestas de Edward Said, junto con ideas de nacionalismo y soberanía de Achille Mbembe y otros críticos afines.

Antes de comenzar el estudio, es preciso brindar un transfondo que permita contextualizar la presencia de este conflicto en el imaginario historiográfico y cultural español. El consenso histórico en cuanto a que el protectorado español en Marruecos fue un episodio inmoral y sangriento: la invasión de un territorio extranjero motivada por intereses políticos y económicos. La novela anota esta visión negativa. Incluso el post scriptum de la edición de 1921 cita las palabras de Ángel Ganivet: “¿Puede darse un absurdo mayor que una empresa colonial de España en África?” (Silva 301). En la novela es mencionada para enterrarla en una narración que expone en detalle los sufrimientos y el heroísmo de los soldados españoles en dos posiciones avanzadas del ejército español, Sidi Dris y Afrau durante tal fallida campaña. Ana Rueda, en un detallado estudio, nos recuerda que hay un considerable número de textos que tocan el tema del desastre de Annual en la literatura española.

El catálogo se extiende desde *Imán* de Ramón J. Sender, con su propuesta descarnada y pesimista, hasta las *Notas marruecas de un soldado*, del falangista Ernesto Giménez Caballero. El desastre de Annual parece la demostración de lo vano de las aspiraciones coloniales de España. Sin embargo, también es posible escribir textos nacionalistas a partir de este episodio. Para Iglesias y Velasco, la perspectiva en la memoria de ambos países es un punto de suma importancia porque es posible comprenderla más ampliamente. Para ellos:

El impacto del conflicto en la memoria posterior de los participantes, que lo recordaron e interpretaron de formas muy distintas, fue enorme. [...] En España destacó el choque entre el recuerdo del conflicto en clave de valor, heroísmo y sacrificio por la patria, y la visión de la guerra como una tragedia vana y absurda que solo generaba sufrimiento. Estas memorias

caracterizaron sobre todo a los sectores más conservadores y a los más progresistas, respectivamente. En Marruecos, por su parte, la principal diferencia estuvo entre la memoria oficial marroquí, que trató de apropiarse de la victoria sobre los españoles como una gesta nacional, aunque con reservas porque la República del Rif era un recuerdo incómodo para un Estado fuertemente centralista; y la memoria rifeña, que tuvo en la lucha anticolonial y en el proyecto político de Abdelkrim un fuerte referente identitario. (Iglesias y Velasco 102)

El capítulo 3 de *El nombre de los nuestros*, titulado *Los generales discuten*, justifica la derrota de Annual aludiendo a la hubris de uno de sus mandos, el Comandante General Manuel Silvestre, quien, en contra de las órdenes expresas de su superior, el Alto comisario Dámaso Berenguer, se interna imprudentemente en terreno enemigo. El capítulo presenta a Silvestre como un perturbado, que acusa a su superior de “sabotear sus iniciativas” (Silva 49) y muestra un desprecio absoluto por los principios básicos de la estrategia militar. De este modo, la novela desplaza la atención del lector. No asistimos al absurdo denunciado por Ganivet, sino a la abnegación de la tropa ante un error estratégico, provocado, no por todo un aparato político y militar corrupto e ineficiente, sino por la ambición de un paranoico. El protectorado aparece como un proyecto de conquista y pacificación, beneficioso para los marroquíes, que hubiera podido tener éxito sin la intervención de este general. El autor también introduce una nota personal. En el post scriptum ya citado, nos confiesa que:

en el último de los protagonistas de la novela, el sargento Molina, hay además una transposición de mi abuelo, Lorenzo Silva Molina, que sirvió durante seis largos años en la campaña africana (...) y a quien debo, a través de la narración oral recibida por conducto de mi padre, buena parte de los detalles que me sirven para evocar la áspera cotidianidad de aquellos soldados. (Silva 300)

Parece que estamos ante una narración pujante y viva, nacida de la experiencia directa de los que la vivieron. Cabe observar sin embargo que la memoria oral que nos presenta no es de primera, sino de tercera mano. Se trata de un universo ficcional que, aunque proviene de un testigo ocular, una memoria cargada de la mitología familiar del autor.

Pese a esta lejanía documental, la novela está escrita en un estilo que recuerda el reportaje periodístico. Como observa Anne Lanquette, el uso de topónimos, la localización temporal y la referencia a personajes históricos como los Silvestre y Berenguer, oculta la ficcionalidad del relato. A esto se une la acumulación de detalles verosímiles y la hábil caracterización de los personajes. Encontramos profusas descripciones de los piojos, el calor, los mulos, las aguadas, o el mal vino en la cantina del blocao. Estas notas de color local, hábilmente distribuidas, refuerzan la verosimilitud de las jerarquías sociales y políticas defendidas por el texto.

¿Quiénes son los nuestros?

Benedict Anderson en su estudio clásico *Imaginary Communities* desenmascara los principios del nacionalismo. Afirma que la idea de nación surge a partir del nacimiento de la imprenta, las academias del lenguaje y las burocracias estatales. Estas instituciones crean y propagan el espejismo de una esencia nacional contenida en el supuesto espíritu del lenguaje y en unas instituciones políticas comunes. Para Anderson, la nación es una comunidad imaginaria desarrollada a partir de los intereses de una plutocracia que extiende su poder en una serie de territorios heterogéneos que se unifican a base de la implantación de

unas leyes lingüísticas y políticas. En 1882 Ernest Renan presentó la idea de la nación como un “principio espiritual” deseable y positivo, pero Anderson desenmascara este principio como una ficción de consecuencias peligrosas. En la novela que nos ocupa, la defensa de la comunidad imaginaria llamada España empieza a desarrollarse desde el título. “Los nuestros” son los soldados españoles que se opusieron a “los otros”, los enemigos marroquíes, y sacrificaron su vida, o por lo menos la pusieron en peligro, en defensa de sus compatriotas.

En el post scriptum de 2021, Lorenzo Silva se queja de la indiferencia del gobierno español ante el sacrificio de esos soldados:

Cada vez que he vuelto allí, cada vez que he contemplado el horizonte azul de esa tierra roja como la sangre, me he acordado de ellos (de los muertos) y he sentido que escribir este libro es uno de los pocos actos verdaderamente justos y necesarios que podrán anotarse en mi biografía. Casi un siglo después de su holocausto, siguen sin tener placa ni monumento que los honre, más allá del que bajo la advocación genérica “A los héroes y mártires de las campañas” se encuentra en la ciudad de Melilla. (Silva 296)

Este alarde un poco histriónico de la labor cumplida contrasta con el hecho de que, en la novela, todos los nombres de esos héroes han sido cambiados. Es sólo en el post scriptum donde, ante las quejas de “algún lector, conocedor de los acontecimientos” (Silva 296) se incluyen los nombres de los verdaderos españoles que perdieron la vida en Annual. Esta cuestión es de hecho aún más complicada. En el último capítulo de la novela, el sargento Molina hace un pequeño discurso en el que se explica el título de la novela. He aquí lo que dice Molina sobre “los nuestros”:

Los nuestros son ellos, los infelices que siempre salen mal parados: Haddú, o los otros que cayeron en Sidi Dris, o los pobres a los que yo elegí para defender Afrau en la retirada y que se quedaron allí. Hasta los moros a los que matamos, si lo miras, son los nuestros. Nosotros somos como ellos: corremos, nos arrastramos, pasamos miedo y nunca nos ayuda nadie. Por eso tenemos que recordarlos siempre, a nuestros muertos; nosotros, Amador, porque los demás van a olvidarlos. (Silva 282)

En suma, según Molina, los nuestros son también los marroquíes muertos en la campaña, porque ellos, como los caídos españoles, son los parias de la tierra, víctimas de la rapacidad colonial del capitalismo. Sin embargo, si Lorenzo Silva se hace eco de las palabras de su personaje, ¿por qué no incluyó el nombre de los caídos españoles en el texto de la novela? ¿Y por qué no exige que el monumento conmemorativo de los muertos españoles incluya a los caídos marroquíes? La respuesta es que tal vez las palabras del sargento Molina no sean más que un lenitivo y que el recuerdo de los olvidados no sea más que una excusa. La visión “solidaria” de los “moros” se ve desmentida una y otra vez en el texto.

En el epílogo, unas páginas después del discurso sobre “los nuestros” de Molina, se nos narran las consecuencias de la rebelión marroquí:

El desenlace había empezado a prepararse el año anterior. Se había formado contra los moros una alianza europea, que había movilizado un ejército numeroso y moderno y una

potentísima escuadra. El gobierno había decidido poner toda la carne en el asador, reunir cuantos medios fueran precisos y lanzarle por fin y costara lo que costase un zarpazo de muerte a la fiera (..)en pocos meses, todo se había desmoronado bajo el avance imparable de las victoriosas tropas europeas. Había llegado la paz. (285)

“Zarpazo de muerte. Fiera. Victoriosas tropas europeas” son términos muy distintos de los que usa Molina en la cita anterior. La fiera ya no es “uno de los nuestros” y no parece muy merecedora de monumentos conmemorativos. Lo que la novela llama “desenlace” se llamaba hasta 1975 “Desembarco de Alhucemas”, una maniobra militar llevada a cabo bajo la égida de otro dictador, Manuel Primo de Rivera, con el entonces general Franco y sus legionarios como artífices estelares. Parece claro que, bajo el motivo del homenaje a los “nuestros”, a la carne de cañón, estamos en una historia de tinte nacionalista cuyo título introduce una distinción implícita entre los nuestros y los otros. También parece claro que los otros, por mucho que diga el sargento Molina, son los marroquíes enemigos que posibilitan que ese “nosotros” constituya un colectivo. Un colectivo que, pese a las dificultades y los errores cometidos, sale triunfante ante la “fiera” marroquí, aunque tenga que rebajarse a dar zarpazos como ella para exterminarla.

Así, la novela busca un camino para apuntalar una comunidad imaginaria, como las que describe Benedict Anderson. Ese camino consiste en una historia de heroísmo militar, un valor devaluado en España desde los tiempos del dictador. Para hacerlo, nada mejor que una derrota (el desastre de Annual) que acaba convirtiéndose en victoria (el desembarco de Alhucemas). Ya desde el título crea una ficción presentada casi como reportaje histórico para defender una historia indefendible en aras de un presente que no existe. El elemento clave en esta reescritura es el papel del *otro*, el de los marroquíes. Si abordamos a El *otro*, desde el punto de vista filosófico, es lo incognoscible.

En opinión de Emmanuel Levinas, tal y como apunta Brian Treanor: “Infinity is produced in the encounter between two beings who share no common ground, beings lacking even a frontier that would mark their separation” (Levinas 27). Desde su punto de vista, la *otredad* es siempre “the absolute otherness” (Levinas 15). El *yo* sólo puede recurrir a sus propias necesidades y deseos para proyectar una imagen ficticia del otro. Este punto de vista es especialmente útil en el caso de las relaciones coloniales. La imagen del *otro* nos enseña más sobre los que la construyen que sobre el colectivo que pretende describir. Homi Bhabha reseña irónicamente cómo el “colonial discourse produces the colonized as a social reality which is at once an ‘other’ and yet entirely knowable and visible” (Bhabha 100). Por supuesto esa cognoscibilidad y esa visibilidad no son sino espejismos, la proyección que los colonizadores hacen de una realidad que no comprenden.

En *El nombre de los nuestros*, los soldados españoles se enfrentan a un enemigo misterioso e incomprensible, pero son capaces de describirlo con detalle, predecir sus actos y leer sus pensamientos. Este “conocimiento” detallado y sobrenatural no es gratuito. La construcción del *otro*, del atacante musulmán, *tiene* un propósito ulterior. *El otro* es un constructo para justificar la imagen que el *yo* necesita tener de sí mismo, idea que Claudia Zapata Silva enfatiza al declarar que Said:

produjo la crisis de la representación metropolitana sobre los Otros, demostrando que éstos sólo adquieren funcionalidad en relación con quien los nombra. El concepto de otredad se revela aquí en su naturaleza ideológica, como un ingrediente indispensable en la relación jerárquica que han fomentado los centros metropolitanos. El llamado de Said es a entender la otredad no en relación con las culturas no occidentales sino como un producto de Occidente mismo: “...ver a los Otros no como algo dado ontológicamente, sino como históricamente constituidos” (Zapata, 63-64).

Unidad Nacional

José Ortega y Gasset publicó *España Invertebrada* en 1921, el mismo año del desastre de Annual y un año antes de la llegada de Mussolini al poder. En este ensayo, profetiza con enorme agudeza la guerra civil que estallaría quince años después. Demasiado inteligente y bien informado como para creer en los principios nacionalistas, Ortega define la nación no como “principio espiritual” sino como: “un proyecto atractivo de vida en común” (Ortega y Gasset 25). Sin embargo, después de este comienzo que prefigura los planteamientos de Benedict Anderson, Ortega se retrotrae a algunas de las ideas desarrolladas por ciertos escritores del 98. Nos dice que, para España, este proyecto en común consiste, como en el caso de la antigua Roma, en el desarrollo de un imperio, una empresa comenzada por los Reyes Católicos, los artífices de la supuesta unidad española que es: “La unión [que] se hace para lanzar la energía española a los cuatro vientos, para inundar el planeta, para crear un imperio aún más amplio” (Ortega y Gasset 36). Ortega se decanta así por una política exterior agresiva.

En su opinión, España es un pueblo, no de pensadores, sino de guerreros. La desmembración nacional desde el caos de 1640 es producto de la decadencia del proyecto imperial. Ortega no era monárquico, sino republicano, pero el imperialismo de algunas secciones de *España invertebrada* ha tenido un enorme peso en el ideario nacionalista español. Es un nacionalismo disfrazado de objetividad histórica, que puede ser separado fácilmente de los embarazosos ideales franquistas. En su ensayo, Ortega identifica una serie de fuerzas centrífugas que intentan escapar a la unidad nacional. De un lado están las comunidades catalana y vasca que reclaman una identidad nacional propia. Del otro, tenemos los movimientos obreros que han venido provocando los pronunciamientos militares recurrentes en la política española. El proyecto imperial tendría la virtud de acabar con esos “particularismos” y conseguir la cohesión social en España porque “no es necesario ni importante que las partes de un todo social coincidan en sus deseos ni en sus ideas. Lo necesario e importante es que conozca cada una, y en cierto modo viva, los de las otras” (Ortega y Gasset 63). Mbembe, similarmente, complementa que en el imaginario nacional su concepto de soberanía propone que “Sovereignty means the capacity to define who matters and who does not, who is disposable and who is not.” (Mbembe p. 27) Parece claro, por lo tanto, que para “vivir” los deseos de un colectivo hay que “coincidir”, diríamos que con entusiasmo, con ellos. La retórica parece llevarse la mejor parte de este razonamiento de Ortega que resulta, al menos, confuso.

El nombre de los nuestros acepta, sin aludirlo, este diagnóstico de José Ortega y Gasset. Sus personajes principales pertenecen a grupos en conflicto dentro del “proyecto” nacional, representantes de comunidades “particularistas”: uno es el sargento Molina (al que ya hemos cortado) un andaluz pobre; el otro, Amador, un anarquista catalán; y el tercero, el alférez de navío Veiga, un gallego, marino de carrera, que pertenece a la tradición militar más conservadora. Los tres, pese a sus diferencias de origen y clase, se unen para luchar contra la Harka. De este modo, el proyecto de conquista vuelve a materializarse, tal y como quiere Ortega, y la desintegración nacional encuentra freno. Todo gracias al fantasma del *otro*.

Veamos cómo las diferencias entre estos tres personajes acaban difuminándose gracias a la existencia de un enemigo común. La posición política del alférez de navío Veiga se revela cuando, para defender el protectorado, se enfrenta a uno de sus subordinados, el contraamaestre Duarte. El diálogo tiene lugar en la cubierta del cañonero Leyva, en donde ambos sirven. Leyva ha sido destacado para prestar apoyo naval a la infantería española. Veiga pregunta “¿Cree que seguirá el jaleo?” y Duarte responde: “Desde luego que sí. Mientras no los machaquemos del todo. Hace más de veinte años que nos andan dando sinsabores. Cuando no es aquí, es allá. Claro que hay que comprender que nosotros queremos mandar en su tierra, y a cualquiera le revienta que otro intente eso.” (Silva 40) “Tampoco es eso. Nosotros representamos la autoridad del sultán” (Silva 40) responde Veiga, y lo que Duarte replica:

Precisamente, don Andrés. Esa gente se muere de hambre desde siempre. Y el sultán lo único que quiere es cobrarles impuestos. Pero como el sultán está a cientos de kilómetros, aprovechan y dicen que se los pague su padre. Así que ahora venimos nosotros en plan de recaudadores. Mientras les demos de comer y rémingtons, fingen que nos hacen caso. Pero en cuanto les volvemos la espalda nos clavan la gumía. Como debe ser. Veiga supuso que al menos debía poner mal gesto. -- No sé si debería consentirle esos comentarios, Duarte. (Silva 40-41)

La visión de Duarte es la que dicta el sentido común, con ecos, eso sí, del *White Man Burden* de Rudyard Kipling. Resume, con abundante claridad y economía de medios, la injusticia del protectorado. Veiga, lo silencia sin más explicaciones en aras de un supuesto honor militar. Es el narrador el que, desde una postura paternalista con respecto a su personaje, necesita justificar la postura del alférez:

Veiga era un individuo afortunado, porque no sólo tenía unas convicciones arraigadas y una pasión indiscutible, sino que además sentía que había conseguido vivir conforme a ellas, honrándolas y recibiendo la recompensa que ellas le guardaban. También era muy joven, y en sus labios la miel todavía sabía a miel. Duarte, que le observaba a distancia, cruzaba apuestas consigo mismo acerca del momento en que el paladar empezaría a amargarle; pero acaso se equivocaba. (Silva 42-43)

O sea, que Veiga tiene suerte porque su honor le impide ver la realidad expresada por Duarte, lo cual es una ventaja para ascender en el escalafón. La juventud y la pasión hacen el resto. Como nos ha dicho el narrador en el primer capítulo, “Nadie cree lo que quiere, sino lo que puede.” (Silva 11) Veiga es un militar español y no le es posible aceptar lo obvio. Su profesión no se lo permite, idea que corresponde a lo propuesto, de nuevo, por Mbembe con respecto a que “The ultimate expression of sovereignty largely resides in the power and capacity to dictate who is able to live and who must die. To kill or to let live thus constitutes sovereignty’s limits, its principal attributes.” (Mbembe, 25). En suma: en lugar de presentar la empresa colonial como una quimera espúrea, el relato comienza por defenderla en aras a la obediencia ciega. Esa ceguera, esa inexperiencia, convierte un sacrificio absurdo en una empresa gloriosa.

El sargento Molina, más maduro y experimentado que Veiga, sí ofrece argumentos en favor de su propia participación en la lucha contra los marroquíes. Se los ofrece a su amigo el cabo Amador, que, como anarquista y catalán, se opone totalmente no solo a los ideales de la colonia, sino a la existencia del orden burgués y del estado español. Pero Molina convence a Amador. La realidad de la guerra le ayuda a comprender al catalán el conflicto de manera diferente. Deja de lado sus convicciones anarquistas en aras de la solidaridad con sus camaradas españoles. Dice la novela: “Molina antes de hacerse militar, cuando era peón, se enfrentó a sus patrones en España para obtener una remuneración justa a su trabajo.” (Silva 35) Molina, al contar esa historia, le dice al cabo Amador: “Yo sé poco de política. Procuero saber lo que es justo, nada más. Eso, mal o bien, se sabe siempre, aquí y en Estambul” (35-36).

De nuevo el motivo de la ignorancia, la bendición del soldado. Molina puede detectar la injusticia cuando la tiene delante de los ojos, pero extrapolarla al campo de la política nacional está por encima de su capacidad. No milita en ningún partido político. Sin embargo, puede abstraer algunos principios generales, como este:

sí hay algo que sigo creyendo, entonces como ahora: que no se puede abusar de quien es más débil. Quien hace eso o lo consiente ensucia el mundo. Ya me supongo que hay quien lo complica más, pero como yo no he leído demasiados libros, creo que con tener clara esa idea sobra para ser un hombre cabal. Si resulta que es socialismo, pues bendito sea. En el fondo, uno no elige cómo ve el mundo. Es algo que te sale, incluso sin quererlo. (72- 73)

A las supuestas sofisticadas ideas políticas de Amador, Molina opone lo que parece ser el instinto natural del hombre cabal español. No sabe de política, pero, como un perro apaleado que muerde la mano que le golpea, intuye lo que es justo, y eso le permite ejercer el mando sobre sus hombres. Ese es el motivo por el que se ha reenganchado y continúa en Marruecos. Le dice a Amador:

-- No puedo irme de aquí. No mientras sigan pegando tiros.

-- ¿Por qué?

-- Porque los soldaditos se quedan y hacen falta sargentos para que los moros no los maten como a conejos.

Amador sacudió la cabeza, alucinado.

-- Uno tiene que hacer lo que se le da bien, y si lo miras, bueno es que haya gente con ganas y afición de hacer bien lo que hace, hasta en el infierno. Si el matarife es bueno, la res no sufre tanto. Lo mismo pasa con el verdugo, y puede que pase lo mismo con los sargentos. Si esta guerra es tan injusta como tú crees, a lo mejor se puede hacer que lo sea menos, aunque no deje de serlo del todo. (Silva 73)

Al parecer la justicia no es la misma en Marruecos que en España. El que fue don Quijote en la península, es un sayón en África. Allí su misión es mantener bien afilada el hacha para que la res, o sea, el *otro*, el marroquí, no sufra más de lo necesario cuando lo ejecuten, aunque no está claro que haya un delito que justifique la pena de muerte. Un poco después Molina vuelve al motivo del *White Man Burden* cuando afirma que: “estamos aquí los españoles para ayudarlos (a los moros)” (Silva 74). Ayudarlos a bien morir, se supone. Lo que está claro es que la justicia, el ser un “hombre cabal” solo se aplica al ámbito del hombre blanco, del europeo. Las motivaciones de los moros para “matar como conejos” a los españoles no merecen consideración.

Es importante recordar que “estamos aquí para ayudarlos”, aunque Molina nunca les ha preguntado si ellos desean o necesitan “nuestra” ayuda. Tras esta pequeña arenga, el narrador nos dice que Amador: “no lo podía negar, aunque chocara con sus convicciones: agradecía que también estuviera allí alguien como Molina y hasta agradecía que estuviera precisamente por las razones por las que estaba” (Silva 78). De nuevo es el narrador el que redondea la jugada: los ideales anarquistas se desvanecen ante el sentimiento de camaradería y solidaridad de un andaluz por su compatriota catalán. El proyecto común de la conquista hace desaparecer el particularismo, como quería Ortega.

Visiones del otro

Ya hemos tenido la oportunidad de oír llamar reses y fieras a los marroquíes sacrificados por los españoles. Queda una tercera metáfora (el soldado español) que dice: “Sujetaba el máuser como quien sujetara una escoba. Frente a un diablo de la harka, estaba perdido” (Silva 29). Esta calidad diabólica proporciona a los marroquíes una dimensión sobrenatural. Se trata de seres invencibles, con un instinto asesino y una

extraordinaria resistencia a las mayores penurias. Los civilizados españoles no poseen la habilidad ni la fuerza de los nativos, ni, por supuesto, su crueldad o su falta de escrúpulos.

Calificar a alguien de fiera o diablo, por supuesto, supone reconocer el miedo que nos produce. Es también una justificación para exterminarlo en nombre de la justicia. Una vez que la metáfora arraiga, los argumentos históricos desaparecen. Al narrar la inmediatez del combate, sus peligros y atrocidades, las penurias y humillaciones de los prisioneros se apaga la visión general de los acontecimientos. Los combatientes españoles se convierten en “los nuestros”, que luchan por la causa común y a los que es necesario vengar. Por eso da igual que los argumentos de Molina sean tan absurdos como el proyecto de una colonia española de Marruecos. El lector no piensa en las injusticias del colonialismo cuando se le describe al diablo matando “españoles” frente a él. Aplicar una metáfora a un colectivo es un medio para generalizar.

Edward W. Said habla de las generalizaciones de los orientalistas, que son una forma de crear al otro, de inventarlo eliminando cualquier caracterización que no encaje con la imagen que nos convenga. También son un modo de privar a los miembros de un colectivo de individualidad y, por tanto, de humanidad. Por eso a los moros de la novela se les atribuyen una serie de cualidades comunes. La primera es la beligerancia: “Los moros habían nacido para luchar, era su forma de vida y no se consideraban hombres sin un arma” (Silva 28) Este valor raya por supuesto con la crueldad y el salvajismo que la novela expone como: “Los moros de las montañas (...) llegaban más allá. Para ser un hombre entre ellos, era necesario haber matado a alguien” (Silva 29). Sin embargo, este amor por la lucha no se identifica con el valor o la honestidad. Como nos dice uno de los soldados de Molina: “Lo peor con los mojamés (...) es cuando les das la espalda. La retirada, el repliegue, salir de naja, como leche quieras llamarlo. Y si lo haces sin organizarte, entonces estás listo.” (Silva 55) Los moros son sanguinarios pero traicioneros. El hecho de que, armados de mosquetes, se enfrenten a un ejército europeo provisto de cañones, barcos y aviones, no parece ser significativo.

Otra generalización importante es la de considerar a los moros como desagradecidos. Ya hemos visto el motivo del White Man Burden formulado por Duarte y Molina, pero hay un tercer caso aún más flagrante cuando el que realiza la acusación no es un español, sino un moro, en un lenguaje peculiar que recuerda al de los indios en los doblajes de películas del oeste, “Este año cosecha buena. Mucha lluvia en invierno, mucho sol ahora, pronto nadie necesitaros para no pasar hambre. Moros montaña estar fuertes y amenazar a los demás. Decir que el general ir demasiado lejos, que vosotros estar a punto de caer como higos del árbol. Mucho peligro, Molina” (27). El que habla es el único marroquí en la novela al que podemos conferir la categoría de personaje. Se trata de Haddú, un sargento musulmán que ha salvado la vida de Molina y viaja constantemente por Marruecos para tener el privilegio de hablar con él. No es Molina el agradecido, sino el moro, por gozar de la amistad del español. Haddú monta un caballo blanco, y es descrito como un “profesional” de la guerra (Silva 88) y mantiene su fidelidad hasta el punto de dejarse matar defendiendo la evacuación de las tropas españolas.

En Haddu se alían la animalidad de los nativos con el amor por el orden europeo. He aquí su motivación, “-- Yo bien con vosotros. Yo sargento -- declaró, señalándose los galones --, montar caballo, tener respeto. Yo estar amigo de verdad y hasta el final, porque vosotros traer orden y moros montaña solo bandidos” (Silva 27-28). A la luz de lo expuesto por Mbembe, y su idea de que el “Space was therefore the raw material of sovereignty and the violence it carried with it ... relegating the colonized into a third zone between subjecthood and objecthood.” (p. 26) podemos describir la clasificación de los moros en la novela de la siguiente manera: está el moro común, que tiene contacto con los españoles, y que, aunque ha nacido para luchar, no para de aprovecharse de ellos; luego tenemos al moro de las montañas, que necesita compulsivamente matar “a alguien”, no sabemos a quién exactamente, o si lo hace por las fiestas de su pueblo o en la guerra. Y por último está Haddú, lobo convertido en perro guardián, lo suficientemente honesto para criticar a sus compatriotas.

El conflicto en el protectorado solo existe cuando los moros se obcecaban en no admitir la verdadera ayuda, no la material, sino la espiritual: la aceptación del benéfico yugo del conquistador. Lo importante de las generalizaciones es la posibilidad de crear una sensación de control: crear un colectivo uniforme, de características exóticas pero reprobables, contra el cual construir el “nosotros”, la comunidad española, constituida, no por tipos, como los moros, sino por hombres de características diversas pero unidos por el hecho de no ser moros, de no ser el *otro*.

Otro ejemplo de cómo se construye la imagen del otro está en el tratamiento de las mujeres. La novela sólo presenta un episodio entre un soldado y una mujer marroquí. El cabo Rosales, con fama de fabulador, le presume a Molina en las trincheras que meses atrás se encontró a una musulmana joven y hermosa rezando en una calle apartada y la abordó. La escena es descrita de la siguiente forma: “ -- Estaba claro que ella no quería -- continuó Rosales -- , que consentiría sólo porque yo llevaba un uniforme y un machete. Nunca he forzado a una mujer, pero te juro que estuve a punto de hacerlo con ella. Al final no tuve valor o me entró reparo. La solté y me fui un par de pasos atrás. Ella se quedó extrañada” (Silva 94). Extrañada de no sufrir, en medio de la noche, el ataque de un cabo español, que afirma que la mora iba a consentir a una violación. No se registra el miedo de la mujer, sólo la extrañeza.

Compárese con la narración de las violaciones de las prisioneras españolas que llevan a cabo los moros. Los moros se niegan a repatriarlas: “alegando los abusos cometidos con las propias mujeres en los poblados que los legionarios conquistaban en el frente del este” (Silva 271). Un día las llevan al zoco para venderlas, pero el jefe del campamento las compra con dinero de los prisioneros españoles. Semanas después los españoles averiguan que: “el jefe tenía a las mujeres atadas a postes y que abusaba regularmente de todas aquellas que le apetecían” (Silva 271). La violación que no perpetra el cabo español en un momento de locura, la lleva a cabo el jefe moro con alevosía. Por supuesto, el jefe moro alega los abusos de los legionarios españoles para su tropelía. Pero ya se nos ha informado de que los legionarios: “eran las nuevas tropas de choque, los remendadores de situaciones desesperadas y que se limitan a hacer con los moros lo mismo que ellos hicieron con nuestros hermanos” (Silva 249). La prioridad en el crimen es siempre la de los otros, los crueles y traicioneros moros. Los españoles se ven obligados a rebajarse a las prácticas de los salvajes en situaciones desesperadas. A dar zarpazos a la fiera y, además, son “los nuestros.”

Conclusiones

Filósofos como Emmanuel Levinas y Gabriel Marcel discuten el estatus del otro. ¿Es un nómeno incognoscible o podemos llegar a un cierto contacto con él? En el caso de la novela que nos ocupa, no hay exploración metafísica ni intento de contacto. En *El nombre de los nuestros* la construcción del *otro* consiste en una serie de técnicas retóricas que no están elegidas al azar, sino que tienen dos propósitos específicos. El primero es crear una atmósfera, un sistema implícito de valores que permita justificar una situación de hecho, la de la invasión de un territorio extranjero, Marruecos, en aras de una serie de intereses económicos y políticos que es necesario obliterar. El segundo es construir un modelo artificial, el del otro, cuidadosamente diseñado para poder postular la existencia de un “nosotros”, una identidad nacional, cuya naturaleza es precisamente la de no ser el otro, la de no participar de una serie de características generales inaceptables. Estas técnicas retóricas son tan viejas como la civilización. Se encuentran en los tratados clásicos. Por desgracia, no han perdido ni un adarme de actualidad.

Por supuesto, *El nombre de los nuestros* habla de conquista en un continente extranjero, pero es significativo que la novela saliera a finales del siglo pasado, cuando la presencia africana en España cobraba más y más importancia. ¿Cuánto del tratamiento despectivo que reciben los marroquíes es consciente para el autor? Es imposible saberlo, pero merece la pena apuntar que Lorenzo Silva permitió a su personaje principal hacer un alegato final a favor de los moros muertos al final de la novela. Ese es el mensaje consciente. Sin embargo, el aparato retórico, las metáforas y las jerarquías que va estableciendo la

narración, ofrecen un diagnóstico diferente. La razón histórica, expuesta varias veces en la novela alude a la inutilidad del protectorado y lo absurdo de sus objetivos. Esta razón histórica expresa lo políticamente correcto. ¿Cómo no reconocer a estas alturas que el protectorado español en Marruecos fue un absurdo? ¿Cómo no afirmar que los musulmanes muertos fueron también víctimas en este nuestro mundo postcolonial? Sin embargo, esta razón histórica es efectivamente enterrada por la estrategia narrativa, que controla los elementos emocionales de la historia. Estos elementos son el ordenamiento de las peripecias, el sistema metafórico, la caracterización de los personajes y la jerarquía establecida entre ellos.

Todos estos sistemas construyen una imagen muy diferente de la que nos ofrece la razón histórica. De acuerdo con la estrategia narrativa, el desastre de Annual, el desembarco de Alhucemas y la aventura colonial de España en Marruecos se resuelven en un grupo de héroes traicionados y esclavizados por unos salvajes sin principios morales, demonios que es necesario exterminar. Esta visión es incluso confirmada por el único musulmán en la historia que ha sabido civilizarse gracias a la ocupación española, y que está dispuesto a morir por sus benefactores blancos. Es fácil observar cómo los elementos emocionales de la narración tienen mucho más peso en la novela que el análisis histórico racional. Esta diferenciación entre el peso narrativo y las afirmaciones históricas de la narración sirve para poner de manifiesto el contenido ideológico de la novela.

Obras citadas

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Rev. ed., Verso, 2016.
- Barea, Arturo. *La forja de un rebelde*. Debolsillo, 2022.
- Bhabha, Homi K. *The Location of Culture*. Routledge, 1994.
- Giménez Caballero, Ernesto. *Notas marruecas de un soldado*. Pranava, 2022.
- Iglesias-Amorín, Alfonso, and Rocío Velasco-de-Castro. “La Guerra del Rif (1921–1926) y las memorias conflictivas entre España y Marruecos.” *Memoria y Civilización*, vol. 26, no. 2, 2023, pp. 101–123, <https://revistas.unav.edu/index.php/myc/article/view/44882>. Accessed 14 Aug. 2025.
- Kipling, Rudyard. “The White Man’s Burden.” *McClure’s Magazine*, Feb. 1899.
- Lenquette, Anne. “Estrategias referenciales en *El nombre de los nuestros* (2001) y *Carta blanca* (2004) de Lorenzo Silva.” *Bulletin Hispanique*, vol. 116, no. 2, 2014, pp. 787–803, <https://journals.openedition.org/bulletinhispanique/3565>.
- Mbembe, Achille. *Necropolitics*. Duke University Press, 2019.
- Ortega y Gasset, José. *España invertebrada*. Alianza Editorial, 2022.
- Renan, Ernest. “What Is a Nation?” *Nation and Narration*, edited by Homi K. Bhabha, translated by Martin Thom, Routledge, 1990.
- Rueda, Ana. “Sender y otros novelistas de la guerra marroquí: humanismo social y vanguardia política.” *Romance Quarterly*, vol. 52, no. 3, 2005, pp. 175–196, <https://doi.org/10.3200/RQTR.52.3.175-196>.
- Said, Edward W. *Orientalism*. Vintage Books, 1978.
- Sender, Ramón J. *Imán*. Planeta, 2021. Kindle edition.
- Silva, Lorenzo. *El nombre de los nuestros*. Ediciones Destino, 2001.
- Treanor, Brian. *Aspects of Alterity: Levinas, Marcel, and the Contemporary Debate*. Fordham University Press, 2007.
- Zapata Silva, Claudia. “Edward Said y la otredad cultural.” *Atenea*, no. 498, 2008, pp. 55–73, https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-04622008000200005&script=sci_arttext.

Received April 18, 2025
Accepted September 26, 2025